

La prevención de la guerra nuclear como responsabilidad de salud pública

DR. MANUEL VELASCO SUÁREZ⁽²⁾

Velasco Suárez M. *La prevención de la guerra nuclear como responsabilidad de salud pública.*
Salud Pública Méx 1987; 29: 364-369

Resumen: La vida en el presente y la de las generaciones futuras está en peligro. Los arsenales nucleares cuentan actualmente con un poder mayor al de un millón de bombas como la de Hiroshima. No hay recursos suficientes ni avances en los conocimientos médicos que permitan enfrentar de manera eficaz la morbilidad, mortalidad y destrucción que generaría una explosión nuclear. Nuestra tarea, en estas condiciones, es básicamente preventiva. El autor hace un llamado a los médi-

cos para organizarse en torno a las siguientes demandas: suspender las pruebas y producción de armas nucleares; eliminar todo instrumento nuclear que represente riesgos accidentales, y dejar de desviar recursos a programas inmorales que conlleven consecuencias fatales para la humanidad, encauzándolos mejor al desarrollo y salud para todos. Ninguna prioridad es mayor en las actividades de salud pública que prevenir la última pandemia representada por la guerra nuclear.

Ninguna emergencia mayor en el mundo actual que la de la justicia y la salud pública enfrentadas al belicismo con todas sus implicaciones y la posibilidad de una guerra final.

La poderosa industria de las armas no sólo influye en la militarización y espiral armamentista, sino tam-

bién en la política y conflictos sociales, en el negocio del narcotráfico y en el terrorismo regionales, que tienden a generalizarse con la participación de la química y la bacteriología obscenamente empleadas contra la humanidad.

Resulta espantoso comprobar que además de existir ya en los arsenales cuatro toneladas de TNT por habitante de la tierra, 50 mil ojivas nucleares y, por lo tanto, más de 16,000 megatones (equivalentes a un millón de bombas como la de Hiroshima) capaces de destruir 10 veces al planeta, se siguen haciendo pruebas para "perfeccionar" cualitativamente las armas nucleares (que actualmente cuentan con un poder explosivo 600 veces mayor que las usadas en la Segunda Guerra Mundial).

La industria bélica, como ninguna otra, dispone de una enorme cantidad de recursos para impulsar el cre-

(1) Trabajo presentado en el V Congreso Internacional de la Federación Mundial de Asociaciones de Salud Pública, celebrado en la ciudad de México, del 22 al 27 de marzo de 1987.

(2) Profesor de Neurología, Facultad de Medicina, Universidad Nacional Autónoma de México.

Fundador-Director Emérito del Instituto Nacional de Neurología y Neurocirugía, México.

Presidente de Médicos Mexicanos para la Prevención de la Guerra Nuclear, A.C., México.

cimiento simétrico del terror sin dejar espacios prácticos para la negociación.¹

La vida en el presente y la de las generaciones futuras está en peligro, debido a los efectos nocivos de las guerras regionales y del terrorismo con armas supuestamente convencionales, incendiarias y desfoliantes. A las muchas muertes por la oferta de la industria bélica impositiva se agregan la polución y el daño a grandes áreas productivas que a la larga perderán su capacidad de producción alimenticia.

No hay prioridad mayor en los programas preventivos de salubridad pública, que la *prevención de la guerra nuclear*. Sin abolir el riesgo inconmesurable de una conflagración atómica, toda otra medida es paradójica. La asistencia aún en casos de desastre posible y la requerida en un holocausto alcanza diferencias infinitas.

El criterio médico preventivo es una manifestación vocacional del más alto contenido moral.

El socorro y la asistencia de víctimas en el caso de una guerra nuclear es insignificante ante la gravedad y los efectos letales de la explosión atómica y sus consecuencias radioactivas.

Ningún suministro de emergencia se equipara a los que supuestamente se necesitarían en el caso de la mayor desgracia que pudiera ocurrir a la humanidad. En las emergencias comunes cuentan mucho los recursos materiales; en el caso de una guerra nuclear sólo la prevención eficaz hará posible la conservación de la vida. No hay medidas, personal, instituciones ni financiamientos capaces de lograr que los moribundos, también médicos, asistan a las víctimas en el caso de un conflicto nuclear.^{2,3}

Ni la mejor administración de recursos para la asistencia internacional, ni el perfeccionamiento de los servicios de atención por parte de los expertos en salud, permitirán encontrar un sistema eficaz para cubrir los campos que abarcarán la mortalidad, morbilidad, problemas ecológicos y la nulificación de la producción de alimentos consecutivos a la radioactividad destructiva de una explosión nuclear, que hoy día podría ocurrir tan solo con la décima parte del megatonaje existente en los arsenales de las superpotencias (sin soslayar la importancia de armas también en poder de otros países del "club nuclear", y del accidente potencial).⁴

El tamaño y el poder de un arma termonuclear carecen de tope; su limitación es la capacidad de la Tierra para absorber la explosión. Mientras la mayor parte de los explosivos y bombas convencionales produce su efecto por la onda de choque, las armas nuclea-

res en el momento de la explosión —cuando la temperatura de la materia alcanza niveles inconmensurables— tienen una presión millones de veces superior a la atmosférica, la que, de inmediato difunde en el medio ambiente la radiación nuclear en forma de rayos gamma (electromagnéticos de alta energía).

Al estallar en el aire una bomba de un megatón (equivalente a un millón de toneladas de TNT), que en los actuales arsenales es una bomba de calibre mediano, la radiación nuclear inicial puede matar a los seres humanos y a todos los seres vivos que se encuentren en la zona y alrededor de unos 15 kilómetros cuadrados. En forma sucesiva inmediata ocurre un segundo efecto destructivo de la explosión, porque los rayos gamma en el aire generan un pulso electromagnético que puede destruir toda clase de instalaciones eléctricas o metálicas en un área más amplia, con un potente voltaje que se induce a través de antenas, tendidos eléctricos, tuberías, vías férreas, etcétera.

La vida alcanzada en millones de años está en peligro de muerte y los sobrevivientes en áreas menos afectadas por la inmediata destrucción envidiarían a los muertos sufriendo enfermedades de patología múltiple y tribulaciones indescriptibles.

Los médicos mexicanos afiliados a Médicos Internacionales para la Prevención de la Guerra Nuclear (IPPNW) pensamos que todos los esfuerzos de los trabajadores de la salud deben encauzarse para estar unidos en la mayor acción preventiva de la historia. No hay objetivo que tenga mayor prioridad. Por eso creemos que la finalidad y el alcance informativo de todas nuestras acciones deben ser un llamado a la responsabilidad de todos los trabajadores de la salud para *trabajar incesantemente contra el inmenso riesgo de una muerte global*.

Nuestra organización concede prioridad a las actividades nacionales e internacionales que exaltan los deberes que, como trabajadores de la salud, tenemos con la humanidad que ya vive en un clima social inestable e injusto y que encima de la disuasión por un irracional balance del poder se nos tiene ya sufriendo las consecuencias de la inmoralidad del dispendio en armas.

El mundo vive amenazado por una inminente detonación atómica, y los médicos sabemos que no hay nada que cure una enfermedad radioactiva,* que la medicina más avanzada tiene muy poco o nada que ofrecer a los escasos sobrevivientes, y que ningún país podría *ganar* y sentirse triunfador en una guerra nuclear.

Si el hombre ha estado expuesto a la radiación na-

tural cósmico-terrestre con dosis ya de por sí posiblemente lesivas, que varían geográficamente (100 mrem/año), ahora se ve en mayor riesgo con dosis aumentadas por los radionucleídos artificiales producto de la fisión nuclear, con vidas medias mayores de 100 años y más, como el "plutonio",● que se produce en cantidades aproximadas a 200 kg al año, casi todo para la fabricación de instrumentos potencialmente genocidas.

Los trabajadores de la salud pública no podemos ser ajenos a los hechos comprobados durante más de 50 años, a los efectos cancerígenos y a las alteraciones genéticas irreversibles producidas por la radiación con todas sus incógnitas fatales.

El peligro representado por los radionucleídos para los seres vivos conlleva, desde hoy, una inseguridad intrínseca al proceso y a la carrera productora de armas nucleares. La incosteabilidad y falta de soluciones seguras para el depósito final de los desechos radiactivos incrementa aún más esta inseguridad.

Estamos ya sobre un fuego clandestino terrestre y submarino que puede consumir cualquier materia de origen orgánico, y bajo un aire que esparce la radiactividad nuclear; además, estamos sufriendo los efectos de la excreta química de la anarquía industrial y de su transporte agresivamente descuidado.

Los efectos, a escala mundial y a largo plazo de las detonaciones de prueba múltiple de armas atómicas explican el progresivo agotamiento del ozono y la posibilidad de que el humo pueda sumir a la tierra en una oscuridad congelante (invierno nuclear).^{5,6,7}

●Si antes en la naturaleza apenas había trazas de plutonio, ahora hay 70 toneladas, que pueden llegar a manos del terrorismo.

*Inmediatamente después del accidente de Chernobyl: Todos los afectados por el accidente de la planta termoeléctrica, que tuve la oportunidad de ver en el Hospital No. 6 de Moscú (5-VI-86), tenían cambios cromosómicos, anomalías serias en la fórmula hemática, con particular reducción de las plaquetas (menos de 10,000), y grave linfocitopenia. El cuadro neurológico, aparentemente menos aparatoso que el respiratorio y digestivo, se manifiesta por cefalea, mareo, confusión, astenia y debilidad muscular. Exhibían también quemaduras de II y III grado en la cara, cuello y torso, y presentaban náusea, vómito, diarrea y fiebre (39°C), e infecciones oportunistas para las que recibían antibióticos. El trasplante no es un remedio infalible, sólo un soporte, una ayuda importante para que el paciente pueda volver a recrear sus propias células con la oportunidad de reorganizar su sistema inmunológico.

Los efectos somáticos y genéticos de la radiación emitida por los productos de la fusión nuclear, como los que se presentaron por las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki o por los accidentes en los reactores termo-nucleares, han mostrado su gravedad letal sostenida para siempre y sus consecuencias a distancia.

Ya antes de la explosión de cualquier instrumento nuclear, el sólo rejuego y manejo de los rayos X, radiaciones gamma y otras similares emitidas por los materiales radiactivos e isótopos, como el yodo 131, el estroncio 90, etc., han aumentado la morbilidad y la mortalidad por leucemia y otros cánceres, 500 veces más frecuentes desde 1958, cuando se fijaron dosis máximas tolerables de 170 mrem/año. Los daños celulares son cada vez más evidentes, aún con dosis menores.^{8,9}

La batalla contra la erosión de la ética médica incluye nuestra responsabilidad social para no dejar que la ciencia y la tecnología actúen negativamente sobre la vida individual y colectiva, con mayor razón cuando, en algunas de sus actividades, amenazan la salud y sobrevivencia de la humanidad. Ahora confrontamos los aspectos negativos del uso de la inteligencia.

Aquella bomba atómica de uranio que arrasó Hiroshima (la de plutonio 239 destruyó la vida en Nagasaki) tuvo una potencia de no más de 13 kilotonos o sea el equivalente explosivo a 13 mil toneladas de dinamita. Los instrumentos nucleares de genocidio son ahora de 20 megatonos, o sea el equivalente a 20 millones de toneladas de dinamita. Actualmente las superpotencias nucleares cuentan en sus arsenales con un poder mayor al de un millón de bombas como la de Hiroshima.

Además de las agresiones que ha sufrido ya el medio ambiente, se han diseñado géneros muy diversos de armas para propagar enfermedades altamente infecciosas entre las tropas y la población enemiga. Entre las bacterias, micro-organismos y virus que se emplean, figuran los de la peste bubónica y virus de la fiebre aftosa y encefalomiélitis, agentes que ya liberados son incontrolables y no distinguen entre aliados y enemigos. (Los agentes desfoliantes, como el naranja utilizado en Vietnam, han producido cáncer cutáneo, visceral y óseo entre los mismos americanos encargados de la agresión).

Además, la tecnología más refinada está expuesta a la falla; la realidad ha demostrado que muchas "perfecciones supuestas" han fallado, díganlo si no las desgracias del Challenger, de Three Mile Island, de Chernobyl, etcétera. ¿Cómo podríamos entonces confiar en que no pueda ocurrir una tragedia mayor, ya

no sólo por una guerra declarada, sino por un error en el manejo de los arsenales, submarinos y transportadores de misiles o vectores de proyectiles? Máxime cuando están manejados por personal neurotizado, en constante estrés y que bajo la acción de drogas su juicio y percepción se vuelven defectuosos. Además, quienes deciden la nuclearización del planeta sujetos a presiones políticas y financieras de ofensivos grupos de poder están lejos de tener la salud mental y ecuanimidad necesarias para el diálogo.

Hace falta insistir en que el equilibrio emocional y el talento responsable de los líderes del mundo es substancial para detener el abuso de la fuerza contra los destinos superiores de la humanidad, que ya vive atormentada frente a la simetría del terror.

Nadie puede vivir tranquilo, organizarse y producir, mientras se sienta asechado, desconfiado y sufriendo constantes provocaciones o desafíos a su dignidad, sin tener voz y voto en los asuntos de su cultura, su historia, su civilización y su sobrevivencia.

Para la prevención del conflicto trágico que nos amenaza debemos actuar con razonable urgencia, pues la habilidad de las superpotencias para controlar su arrogancia es obvio que está fallando; el control de los arsenales es cada vez más complejo y vulnerable. ¡Parece que jugarán la "posesión de la muerte al filo del abismo"!

En la medida en que se perfeccionan los instrumentos nucleares, el tiempo de reacción se estrecha, y en cada desacuerdo surge la idea de inmovilizar al adversario antes de que pueda usar sus armas. La planificación, estrategia y táctica militares ortodoxas van siendo obsoletas y la decisión de usar armas nucleares se convierte en una obsesión que puede resultar en un ataque inmotivado. También puede suceder que los sistemas de alarma, sujetos a errores estadísticos, funcionen mal. Paralelamente, las fallas humanas incrementan un riesgo que se hace más inminente, sobre todo porque aquel juicio de "no hay tiempo que perder" se convierte en el de "es preferible perderlo todo" antes que sufrir una derrota.

La desconfianza y el miedo a la decapitación por felonía del adversario han hecho que entre las superpotencias desaparezca la voluntad política para la PAZ y haya un militarismo anencefálico e inmoral que logra la desviación de muchos recursos que deberían utilizarse en la salud pública y el desarrollo de los pueblos más necesitados.¹⁰

El año pasado se gastaron 30,000 dólares por segundo en armas, más un millón ochocientos mil dólares por minuto y 960 mil millones por año. Estos gas-

tos en armas fueron superiores al total de la deuda que tiene estrangulados a los países pobres frente a sus acreedores (850,000 millones de dólares). En cambio, por falta de apoyo a la salud pública, cada dos segundos muere un niño de enfermedades que podrían evitarse mejorando su nutrición, desparasitándolo y vacunándolo contra enfermedades que han dejado de ser un azote gracias a la influencia de la medicina preventiva.¹¹

La viruela se eliminó en 20 años con gastos equivalentes a dos horas de la actual carrera armamentista y el costo de cuatro días-armas sería suficiente para erradicar el paludismo.¹²

Por otra parte, mientras se hacen instrumentos costosos para matar, todavía carecemos de conocimientos para la prevención de enfermedades que están surgiendo con características alarmantes en el terreno de la virología, del cáncer, de la inmuno-deficiencia congénita y de la inmuno-deficiencia adquirida (SIDA), y de muchos otros problemas de la "civilización armada". Tampoco hemos alcanzado la medicina ideal para que actúe pronto, directamente y sólo sobre las causas patogénicas, sin comprometer al resto del organismo.

Es evidente que también sufrimos de ignorancia en el campo de las ciencias sociales y del comportamiento, que están asociadas a las ciencias biológicas en sentido holístico.

A la torpe obstrucción de las vías necesarias para el ejercicio de la justicia, del buen entendimiento y la búsqueda del diálogo razonado, estamos agregando la ineficiencia de salidas momentáneas de la crisis económica, y nos distraen aspectos triviales de egoísmos ideológicos; mientras tanto, el flujo de la vida en el planeta puede suspenderse por un proceso patológico de incomprensión global que *todavía es tiempo de remediar para prevenir mayores males*.

La IPPNW en sus siete años de existencia activa, ha procurado el entendimiento dinámico del asunto y se ha hecho, en lo posible, cargo de informar al mundo médico todo lo que concierne a nuestra responsabilidad para evitar lo que podría ser la última pandemia, y ha desarrollado y establecido líneas de trabajo práctico y protocolos de investigación sobre la substancia vital de un problema que ha crecido con el abuso de la fuerza y la falta de respeto a la dignidad del hombre y a la vida misma.¹³

En poco tiempo el movimiento médico organizado para prevenir el holocausto ha obtenido reconocimiento y los siguientes galardones: "MAS ALLA DE LA GUERRA", 1983"; "PREMIO UNESCO PARA

LA EDUCACION POR LA PAZ, 1984” y el “NOBEL DE LA PAZ 1985”,¹⁴ pero todavía no hemos ganado la PAZ y seguimos confrontando la insana actitud de los poderosos cuando arriesgan el destino del universo con terrores apocalípticos de muerte súbita colectiva. No han habido recursos para sostener los programas culturales de la UNESCO, en cambio, en el Satélite Milstard se gastaron 10 billones de dólares en su primera fase y otros 10,000 millones de dólares después de probar sus primeras comunicaciones en la campaña de múltiple intercambio. Cuando los adversarios disparen, el sistema satélite detectará la menor salva nuclear y la reportará con los “blancos” a destruir.^{15,16} Este “cobertly deployed” permitiría que, en un carro blindado de 18 ruedas, los generales recorrieran los campos de batalla destruídos “más allá de los estadios iniciales del conflicto nuclear”, “protegidos” además por la Iniciativa de Defensa Estragégica, cuyo absurdo está provocando la precipitación de pruebas que la Unión Soviética había detenido en su moratoria unilateral. Por lo tanto, los arsenales continúan su expansión cuantitativa, que pretende también comprometer al espacio extraterrestre. Un sistema espacial anti-misiles significa la extensión preparatoria de “la guerra nuclear en las galaxias”, y para los médicos representa una “emergencia de salud pública universal”, considerando que el desafío se globalice desalentando los esfuerzos por la PAZ. El mundo es testigo de cómo en esta era nuclear avanzada que nos estremece por la inteligencia que la creó y nos incomoda por sus efectos mortales, al hombre se le van de las manos los logros de las ciencias médicas y de la salud pública.

La vida ha sido minada, ya que todos vivimos esclavizados por un temor constante. Un monstruo montado en la carrera de las armas nucleares *consume insaciable los recursos de la tierra con el costo de la vida humana*, sin que seamos capaces de juntarnos y poner en juego nuestra responsabilidad, dedicación y amor para *protegerlos y aprovechar* esta última oportunidad esencial para detener la amenaza mayor que haya tenido jamás la humanidad.

La dignidad, entre el milagro de la vida y el misterio de la muerte natural, debe fortalecerse si logramos siquiera detener con toda nuestra conciencia el obsceno negocio del nuclearismo mortal.

Estamos refrendando los oportunos llamados de México por la PAZ y la creación de zonas libres de armas nucleares, como lo prevé el tratado de Tlatelolco, firmado por la mayor parte de los países latinoamericanos el 14 de febrero de 1967 y que representa el

primer y único convenio internacional que establece *una importante área, densamente poblada, libre de armas nucleares*.¹⁷ Es el único tratado en su género que ha sido rigurosamente respetado, en contraste con el edicto de prescripción de pruebas nucleares (“Comprehensive Ban on Nuclear Testing”), que después de 20 años no ha sido consolidado. Esperamos que por lo menos la “moratoria” de pruebas tenga éxito y vuelva sobre los pasos logrados por la IPPNW en la URSS, a raíz de haber obtenido el Premio Nobel 1985.

El concilio moral de trabajadores de la salud pretende defender al hombre en este universo que debe seguir siendo mejor para nuestros hijos y las futuras generaciones, que ya participan en el llamado “A la Paz con Justicia y Valentía”, que todos debemos escuchar y tratar de hacer realidad.

No es posible que continúe la ofuscación fatigante que produce la amenaza que tenemos a la vista. Es responsabilidad médica prevenir la epidemia, enfatizar sus riesgos y prescribir algún remedio contra la indiferencia.

Si poco o nada podemos ofrecer como asistentes médicos a la catástrofe, nos queda la tarea de prevenir la desgracia: seguir luchando con verdadera vocación médica.

Nuestra prescripción inmediata es la de exigir:

- 1o. que no se hagan más pruebas nucleares;
- 2o. la eliminación de armas de inmediato disparo y corto alcance que representan el mayor riesgo accidental;
- 3o. detener el desarrollo y despliegue de bases espaciales y detonantes repentinos que mantienen el peligro de una guerra nuclear accidental, ya que pretenden ser manejados a distancias y alturas incontrolables;
- 4o. ambas superpotencias deben establecer acuerdos definitivos para reducir los gastos en armas nucleares y utilizar los recursos en un sistema generador de *bienestar, justicia y salud para todos*.

Todo esfuerzo es justificado frente a los riesgos y la amenaza nucleares. Luchemos por la erradicación de las criminales armas químicas y bacteriológicas, por la congelación de los arsenales nucleares y por la suspensión de la militarización del espacio extraterrestre. Ejercemos presión para que los dirigentes de EU, la URSS, China, Inglaterra, Francia y la India, lleguen a un satisfactorio acuerdo, se reúnan en Hiroshima y actúen todos con dignidad.

Reconocemos que es muy difícil el desarme nu-

clear, pero es el camino que nos proponemos recorrer con millones y millones de gentes que quieren defender su derecho a la vida y lograr un mundo mejor, que por su naturaleza es un mundo común, sin descartar el reino privado espiritual de cada persona. En el mundo común está la civilización y la cultura, incluyendo a las generaciones pasadas, presentes y futuras

que trascienden la duración de nuestra vida, cuya circunstancia biológica debemos cuidar para la sobrevivencia de la especie amenazada de extinción.

Sabemos que no siempre son accesibles los caminos para la PAZ, pero es la PAZ el único camino para defender la vida.

Velasco Suárez M. *The prevention of nuclear war as a public health responsibility*. *Salud Pública Méx* 1987; 29: 364-369

Summary: Life for the present and future generations is being threatened. The nuclear power stored in the world is a million times greater than the Hiroshima bomb. There would not be enough resources or advances in medical knowledge to confront successfully the morbidity, mortality and destruction that would result from a nuclear explosion. Our role in this situation is essentially preventative. The author calls upon the physicians to organize themselves around the following de-

mands: stop nuclear tests and the production of nuclear arms; ban all nuclear instruments that may represent major accidental risks, and arrest the use of material resources in immoral programs that have destructive consequences for human beings, assigning them, instead, to programs of health and development. There is no priority in public health as important as the prevention of the last pandemia represented by nuclear war.

REFERENCIAS

1. Weisskopf VF. *The task for a new peace movement*. MIT Cambridge, MA. EUA: Geneva's Center for Nuclear Research. *Bulletin Atomic Scientists*, Jan/Feb 1987; 27-32.
2. Melman S. *On the social cost of US militarism*. *Am J Public Health* 1986; 70:953.
3. Stockholm International Peace Reserch Institute. *Armaments or disarmaments*. Estocolmo, Suecia: SIPRI, 1986.
4. Geiger HJ. Small futures, sick future, short futures: Inequity and irrelevance in US health care strategies. En: Mc Nerney WJ ed. *Working for a healthier America*. Cambridge, MA: Ballinger, 1980.
5. Turco RP, Toon OB, Ackerman TP, Pollack JB, Sagan C. *Nuclear winter. Global consequences of multiple nuclear explosions*. *Science* 1983; 222:1283-1292.
6. Sivard RL. *World military and social expenditures*. Proceedings of the Medical Association for the Prevention of War. Leesburg, Va: World, 1982.
7. Barnaby F. *The effects of a global nuclear war: The arsenals*. *Ambio* 1982; 11:76-83.
8. Harwell M. *Nuclear Winter*. Nueva York, EUA: Springer-Verlang, 1984.
9. Melman S. *loc. cit.*
10. US General Accounting Office. *Defense spending and its relationship to the Federal Budget*. GAO/PLRD, 1983.
11. Lown B, Chazov E, Maddocks I, Engstedt L, Velasco-Suárez M, Taipale V. *First Leg IPPNW Global Campaign: URSS, China, Japan*. IPPNW Update 1986; 3.
12. Sidel VW. *The health and social costs of the weapons race*. *Mobis* 1984; 4(1).
13. Sidel VW. *Destruction before detonation*. *Health and Medicine* 1983; 1(4):6-25.
14. Lown B. *IPPNW Update*. IPPNW 1986; 3(1).
15. Caidcott H. *Missile Envy*. Nueva York, EUA: Bantam Books, 1986.
16. Curry S. *WIIC-UN Center of Information*. Ginebra, Suiza: UN Bulletin 4, 1987.
17. Secretaría de Relaciones Exteriores. *Tratado de Tlatelolco*. México, D.F.: Publicación de la SRE, 1964.